

## **PREFACIO DE SUZY VERGEZ A LA BIOGRAFÍA DE RAOUL VERGEZ**

*Traducción de Charis Boucher (cboucher@gmx.es)*

En los últimos meses de su vida, mi padre, Raoul Vergez, se había convertido en un viejo irascible y con frecuencia desagradable. Ya no soportaba a los niños y se mostraba con ellos difícil, y a veces agresivo. Cuando solo tenía cinco años, su bisnieto Raoul Sinier, después de toda una tarde de humillaciones y recriminaciones, nos llevó aparte a su madre y a mí, y nos gritó con tono acusador:

- “¿Por qué me pusisteis Raoul como él? ¡No quiero...! ¡Él es malo!”

Creo que fue aquel día, antes de que mi padre muriera, cuando me vino la idea de este libro. Hacía falta que alguien, algún día, le explicara a ese niño que no debía avergonzarse de llamarse Raoul, en homenaje a un abuelo vencido por la enfermedad.

Comencé este libro, pues, para todos aquellos que, habiendo conocido a Raoul, lo quisieron y no lo olvidarán. Quizá también sirva para todos aquellos que, sin haberlo conocido, desean saber más sobre él, así como para todos aquellos que fueron inspirados por él, o lo serán algún día.

Los “Proverbios” de la tradición judía nos proponen una hermosa idea. Élie Wiesel la transformó en un bello verso alejandrino que Raoul amaba:

“Sabemos mejor adónde vamos cuando sabemos de dónde venimos”.

He aquí pues, para que conozcan sus raíces, un libro para los nietos y bisnietos de Raoul.

Pero es ante todo el libro de Raoul Junior, el libro de Raoul Sinier.

## PREFACIO DE SUZY VERGEZ A “EL PÉNDULO DE SALOMÓN”

(para la reedición de Jean-Michel Garnier, 1995)

No pasa una semana sin que reciba alguna llamada telefónica o algún correo hablándome de mi padre, Raoul Vergez. Dieciocho años después de su muerte, sigo sintiéndome conmovida en extremo por la fidelidad, incluso a veces la veneración, manifestada por tantos amigos desconocidos.

Respondiendo a esos amigos, no puedo evitar pensar que lo que ellos saben de Raoul no es más que la superficie...Conservan de él la imagen que dan sus libros: la de un Compañón enamorado de la Tradición, del saber, de los símbolos, del trabajo bien hecho y de la fraternidad...los que le oyeron hablar en alguna de sus numerosas conferencias saben que también era un orador inspirado y convincente. El “verbo” era para él la expresión suprema, y no conocía mayor placer que el de desarrollar ardientemente un punto de vista para compartirlo con su auditorio.

Pero más allá de estos grandes rasgos conocidos por la inmensa mayoría, Raoul tenía otros muchos jardines secretos. Como buen hombre del Sudoeste, era un apasionado del rugby, deporte que practicó intensamente hasta la edad de 38 años. Como humanista sensato, mantenía un vivo interés por la política, manifestando con frecuencia ideas sorprendentes y poco habituales que, de haberse puesto en práctica, habrían desembocado quizá en positivas innovaciones...Incluso se presentó a las elecciones legislativas parciales en 1937. En 1935, a causa del paro laboral en la construcción, llegó a entrar a trabajar en los ferrocarriles ¡donde permaneció durante diez años!

Raoul amaba también la música, más concretamente el *bel canto*, y no cesaba de comentar, junto a otros aficionados, los respectivos méritos de las grandes voces del momento. Me acuerdo de veladas excepcionales en las que a veces algunos tenores venían a cenar a la mesa de mi madre. Raoul siempre conseguía convencerlos para que cantaran, y, en nuestro comedor parisino, que era bastante apretado, se sucedían armoniosas y sonoras subidas de tono, a veces incluso ensordecedoras, que no dejaban de sorprender a nuestros vecinos.

Y además, con nosotros, su familia, Raoul dejaba a su temperamento –frecuentemente excesivo- expresarse libremente, lo que le empujaba siempre a sorprendernos. Le gustaba reír y hacer reír, sin escatimar bromas, y a nosotros, sus hijos, nos mantenía en una atmósfera de permanente expectativa. Nos arrastraba alegremente a sus pasiones y sueños, que, a Dios gracias, no eran siempre muy razonables...

*El Péndulo de Salomón* estaba en la primera línea de estos sueños. Era su apuesta perdida, su empresa imposible. Raoul había acabado la educación primaria, provisto de su certificado de estudios, a la edad de doce años. Ya entonces era un “Hugolatra” incondicional que leía y releía *La Leyenda de los Siglos* con el fervor excesivo de un joven seminarista. Él mismo lo intentó con los versos alejandrinos, consiguiendo resultados bastante buenos. Durante toda su vida no dejó nunca de escribir versos con cierta fortuna, por propio placer o para el de sus amigos. Era su música íntima, lírica, un poco pomposa, pero algo que nunca habría imaginado materializar bajo la forma de un libro. Para Raoul el libro era algo sagrado de lo que se sentía indigno, y, aunque era un gran orador y un

impenitente “escribiente”, consideró durante toda la primera mitad de su vida un sueño inalcanzable el hecho de escribir un libro: escribir libros era el trabajo de los intelectuales, y él no era más que un pobre trabajador manual, un simple carpintero que no tenía más que su certificado de estudios y el incomparable saber hacer que le transmitieron los Compañones admitiéndole en su seno. Él no era más que “Bearnés, el Amigo de la Vuelta a Francia”, un obrero desarrollado, ciertamente, pero en ningún caso un escritor.

Esta convicción le frenó durante unos cuarenta años. Pero con el curso del tiempo, sin embargo, la necesidad de escribir fue más fuerte. Raoul trabajó diez años en *El Péndulo de Salomón* antes de atreverse a someterlo a un editor. Todo lo escribió, lo volvió a escribir, lo reformuló...veinte veces, sobre el oficio...Se despertaba por la noche y modificaba un capítulo, y después, como era sobre todo una persona comunicativa, sentía la necesidad de hablar a su alrededor. ¡Entonces despertaba a toda su familia para leernos los nuevos párrafos que acababa de escribir, y seguidamente, ansioso, esperaba nuestro veredicto! Medio dormidos le decíamos: “*está bien, está muy bien*”, pero esto apenas le satisfacía: le habría gustado que hubiéramos sido entusiastas, líricos, elogiosos...Y todo esto perturbaba la atmósfera familiar, pues si Raoul, como Napoleón, podía vivir y trabajar durmiendo cuatro o cinco horas por la noche, nosotros necesitábamos, modestamente, nuestras ocho horas...

Un buen día, hacia los cincuenta años, se encontró finalmente como padre del libro que tenéis entre las manos: *El Péndulo de Salomón*, que es sin duda el más importante de todos sus libros, en cualquier caso, el más auténtico, el más espontáneo, incluso si fue objeto de tantas reflexiones...

Una vez dado este primer paso, Raoul no dejó de escribir, hasta su muerte. A esta primera obra siguieron otros cuatro libros e innumerables artículos en la prensa profesional y en *La Voz de los Compañones*, una revista que él mismo había creado en 1946. Empezó, igualmente, varias cruzadas, dando su apoyo a algunas buenas causas que eran las suyas. Habiendo constatado que podía escribir e interesar a un público apasionado, decidió igualmente, en 1960, rodar una película de su primer libro. Hacia el final de su vida la escritura había desplazado claramente a la carpintería, sus negocios decayeron peligrosamente, al tiempo que su salud se deterioró. Murió en Julio de 1977, dejando, a pesar de todo, una huella que perdura, y que ha permitido hoy que se reedite por fin *El Péndulo de Salomón*.

Suzy Vergez

París, 20 de enero de 1995

(Nota: Aunque en francés se diferencia le pendule (el péndulo) de la pendule (el reloj de péndulo), al no existir esta diferencia en español, se ha traducido el título del libro - “La Pendule à Salomon”- como “El Péndulo de Salomón”, pero indicando aquí que se trata más exactamente de un reloj de péndulo.)

## DEDICATORIA DE RAOUL VERGEZ EN EL PÉNDULO DE SALOMÓN

(para la edición original de Julliard, 1957)

*Este libro ha sido escrito para vosotros, compañeros de todos los Deberes. También para vosotros, obreros que tenéis las manos llenas de inteligencia, los riñones cubiertos de sudor, las conciencias claras.*

*Nuestra época pretende arrancar el “esfuerzo físico” de los oficios. Yo he querido mostrar que ningún trabajador puede llegar a la maestría sin sufrimiento y esfuerzo.*

*El viejo Compañonage, que desde las Cruzadas no ha dejado de llevar a la práctica la educación obrera, está preparado de nuevo para desempeñar un gran papel al lado de aquellos que aman la acción pacífica del trabajo.*

*“Bigordano, Corazón Noble”, el héroe de este libro ¿es un compañero del Deber dentro de la Tradición? ¿Es, por el contrario, un agitador, incapaz de seguir nuestra disciplina? Es en cualquier caso un hombre de principios. Y los miles de jóvenes constructores que de nuevo aparecen por las “Cayenas” del gran Viaje hasta los rincones de Europa encontrarán quizá en estas páginas alguna lección sobre el valor; del que sabemos todos que se encuentra al frente de todas las virtudes.*

*¿Quién es maestro?  
El que no lo sabe.*

*¿Quién es compañero?  
El que no lo dice.*

*¿Quién es aprendiz?  
Todo el mundo.*

R. V.

*“Bearnés, el Amigo de la vuelta a Francia”,  
compañón carpintero de los Deberes de la vuelta a Francia,  
Recibido en la Cayena de los Indios, en París, el 19 de marzo de 1927.*